

¿RELIGION de RICOS?

Por IGNACIO HERNANDO LARRAMENDI

EL catolicismo que vivimos generalmente en España se aleja de los pobres y manifiesta una tendencia a convertirse en religión de ricos y clases superiores de la sociedad. Dos hechos de observación corriente nos lo señalan cada día. Las clases superiores de la sociedad (superiores en sentido lato, no sólo multimillonarios ni aristócratas de rancio abolengo) consideran la religión como algo que les corresponde casi en exclusiva y a lo que los pobres no pueden llegar. En el subconsciente, ya que no con la claridad cruda de estas líneas, creen que la religión es un lujo al que tienen derecho, como a la vida cómoda o a vivir con desahogo y estabilidad económica. De este modo, aparece una convicción íntima que en su última conclusión llega a que la Iglesia y la sociedad deben supeditarse a ese derecho de unos cuantos, y que tanto más cristiana será la sociedad cuanto más permita a esas clases superiores la «cómoda accesión a las prácticas religiosas», aun a costa de que con ello se hagan más difíciles para otras clases; para los pobres, en concreto. En este espíritu se explican muchas opiniones peyorativas genéricas sobre personas de condición humilde, hasta de quienes hacen más ostentación de prácticas religiosas, considerándolos como malos o, por lo menos, peores moralmente, lo que conduce a justificar que no merezcan la atención de la Iglesia y a que el culto y manifestaciones religiosas externas se orienten, en gran parte, a lograr que algunas las atiendan con comodidad, y no a que sean posibles al mayor número de personas.

Por su parte, los pobres tienden a considerar la religión como un lujo de ricos, algo que no es para ellos, que no les afecta. Y así, cada día más, tratan al católico de su ambiente como a traidor que se ha pasado al bando contrario. Algo parecido a lo que es para los otros el que pone algún reparo al principio absoluto de la propiedad privada, aunque transijan con otras posiciones más radicalmente anticristianas, pero no tan contrarias a sus intereses económicos.

Se ha llegado a creer que viene de muy antiguo tal estado de cosas y que el catolicismo es una religión de selectos, de clases superiores. Lo exacto es que, hasta hace poco, en España ha sido todo lo contrario, una religión

eminentemente popular, como puede guerra de la Independencia, las guerras carlistas...—, en que las clases superiores trataban de desvirtuar el auténtico fervor cristiano de un pueblo que conscientemente luchaba y moría para defenderlo. El profundo sentido religioso, que, pese a mil imperfecciones, se respira en España, hasta por los que quieren ser sus enemigos, se debe fundamentalmente a este hecho, que es necesario no se pierda en la nueva sociedad que ha de formarse con la transformación económica del mundo.

Una buena muestra de que en este sentido no ha habido —hasta últimamente, con la influencia desintegradora del liberalismo— desviaciones en España, y que nuestro catolicismo ha sabido poner las cosas en su lugar, es el famoso auto sacramental de Calderón *El gran teatro del mundo*. De sus personajes, el Rico, el Pobre, la Religión (en la figura de una monja) y la Monarquía (en la de un rey), al final de la vida sólo va al cielo directamente el pobre, mientras el rico va al infierno, teniendo los demás que purgar sus penas antes de su definitiva salvación. En realidad, ése es el espíritu de lo que dijo Jesucristo con la famosa frase del rico, el camello y el ojo de la aguja, que a tantos molesta que se recuerde.

CONSECUENCIAS DEL LIBERALISMO, BURGUESÍA Y DERECHISMO

Lo que ahora ocurre es, al menos en España, un hecho nuevo: una desviación de la conciencia de los católicos, que se inició con el liberalismo, burguesía y derechosismo.

Es difícil enumerar exhaustivamente las causas que han producido todo esto, pero puede tener interés aludir a las más importantes.

Una, de orden histórico general, típica de nuestra época: el *aburguesamiento* de la religión. La burguesía, fenómeno liberal, ha hecho perder su contenido a todas las manifestaciones de la vida social, pero conservando gran parte de su forma externa. Así, la antigua jerarquización del régimen político tradicional fundado en el cristianismo, que se basaba en los deberes apreciar cualquiera que conozca su historia —los levantamientos de la

de cada jerarquía social, se transforma en las *clases de derechos* que luchan entre sí, venciendo en un principio los fuertes, hasta que los débiles, agrupados para poder ser más fuertes, tratan de prevalecer. En esa lucha de intereses, en que las clases superiores han perdido todo sentido de responsabilidad social, se llega a utilizar la religión como un privilegio. Para esto, y con hábil sofisma, se estiman sagradas y dignas de que el catolicismo se ponga de su parte a formas que, aun correspondiendo a antiguas instituciones de profundo sentido social, están ahora vacías de contenido.

Otra es el egoísmo que, cuando faltan las barreras creadas por una sociedad cristianamente fundada, trata de obtener todos los beneficios que pueden resultar del poder y la fuerza, hasta incorporando a otros típicamente mundanos el de la *salvación del alma*. Son ejemplo los munificentes con la Iglesia para justificar los mal adquiridos poderes o riquezas, tratando de dar la mayor importancia a ese acto, que saben sólo posible para algunos —ellos, en concreto—. En realidad, no es infrecuente el fenómeno de utilizar el poder para valorar lo propio desmereciendo lo ajeno.

También muy característicos de estos últimos años, después de la guerra española, han sido la cobardía y el temor que han dejado en muchos católicos los asesinatos masivos que en ella se cometieron, generalmente, por los pobres, o a ellos atribuidos. El miedo a que se repitan hace faltar a la caridad y la justicia.

LOS QUE SE «APUNTAN» EN LAS «MINORIAS SE- LECTAS»

Y aun existe otra causa, de un cariz bastante distinto de las anteriores, pero también de la mayor importancia. La preocupación por las *élites* y las minorías selectas y educadoras, que hoy domina en muchos ambientes católicos, indudable herencia de los movimientos intelectuales de matiz revolucionario y anticristiano que han girado en España alrededor de la Institución Libre de Enseñanza. Esa obsesión de las *minorías selectas* ha originado que en muchos medios católi-

cos se dedique preferente atención a ciertas clases superiores en que lo intelectual se mezcla con la *tenencia de poder* (dinero, política, etc.), considerando que la atención hacia los que no pertenecen a esas *élites* es de una importancia secundaria. En consecuencia, se sostiene que la política de los católicos para *cristianizar* un país es formar unas *élites* directoras que, situadas en los puestos claves, eduquen a los demás hombres y así lleguen a crear una sociedad cristiana. En esas minorías siempre hay algunos que se apuntan por ambición personal, consciente o inconsciente, y otros que lo hacen por sentirse superiores al resto de los hombres. «Por sus hechos los conoceréis...» Este fenómeno de las *élites*, en su doble proyección de autoconvenimiento de superioridad y vehículo de ambiciones personales, tiene un mismo efecto en sus relaciones con el catolicismo: contribuir a la creencia de que la religión debe estar vinculada a minorías, o clases, o partidos. Pero las minorías voluntarias para todo lo que no sea morir o sacrificarse dan siempre malos resultados.

Sean cualesquiera los motivos y orígenes de esta desviación de la conciencia católica, el caso es que existe de modo indudable, y que, más o menos conscientemente, la mayor parte de los núcleos católicos españoles, y quizá los más influyentes, contribuyen a ello y hay peligro de que cada día lo encuentren más natural. Es algo que puede observarse no ya entre personas tachables de *fariseísmo* o de conscientemente egoístas, sino entre los que realmente poseen buena fe y sinceridad religiosa, que se indignarían contra sí mismos si supiesen en términos crudos lo que sin darse cuenta están sintiendo. Es algo ambiental que *flota*, como resultado de muchas causas, en las creencias religiosas de las clases superiores españolas.

Estamos convirtiendo nuestro catolicismo en una religión clasista. Esto es muy grave, en primer término, porque nada puede haber más opuesto a una religión de clases, y en especial a una religión de clases ricas, que el catolicismo. Y en segundo término —en un plano más contingente, pero también con un fondo fundamental—, porque toda religión de clases superiores es una religión anquilosada, que pierde su *vigencia* entre los hombres. Ese es el caso de Inglaterra. No ha habido religión tan de clases superiores como la anglicana; por eso desde hace mucho se convirtió en una religión de ricos, burgueses y conservadores de poder que hoy carece de toda vigencia dentro de cualquier clase social, y si continúa *subsistiendo*, al menos en sus formas exteriores, es tan sólo por su vinculación estrechísima con el Estado.

Si no se ponen remedios eficaces, nuestro camino es ese de los anglicanos, convirtiéndonos en miembros de una religión elegante, de *selectos*, que da y mantiene fuerza, pero que se ha desviado y acaba por morir, no en el carácter divino de permanencia que le comunicó Jesucristo, superior a todo designio o error humano, pero sí en su vigencia en la sociedad de los hombres.

CONTRA EL «ESCANDALO» Y CONTRA EL «DERROTISMO»

Todas estas observaciones pueden producir dos efectos, que conviene atajar:

Escándalo, porque éste es un tema que desde hace tiempo se efunde en nuestra patria y que afecta a muchos



católicos responsables, por lo que se pudiera pensar que sacarlo a la superficie es *tácticamente* inconveniente al catolicismo, aunque sea cierto. Pero hay que combatir esa postura. Precisamente muchos de los males del hombre radican en que sólo presta atención a las faltas ajenas y habla de corrupción, de relajación, de falta de espíritu cristiano, pero siempre en los demás, lo que es más cómodo y no compromete. Se autoengaña no planteándose nunca dónde está su culpa o tratando de justificarla en las de los demás. Si al hacer examen de conciencia de la situación presente del catolicismo no somos capaces de enfrentarnos con *nuestros* defectos, para nada ha de servir cualquier otro esfuerzo.

Y aún queda el *derrotismo*. Puede deducirse de estas consideraciones la creencia de que el catolicismo español no tiene fuerza, al haber perdido la pureza de sus principios y continuar alejado en los pobres o desnaturalizado en los poderosos. Pero nada más lejos de la verdad. Existe en España una gran fuerza cristiana, a pesar de todos los defectos apuntados —a la que aún no se ha podido hacer melía—, labrada en quince siglos de sentido total cristiano en la vida. De ahí nace el instinto cristiano y profundamente católico del pueblo español, que se traduce en actos no conocidos en ningún otro país europeo. De igual modo, una gran parte de los católicos de elevada posición social o económica, que por las anteriores palabras pudiera parecer que hacían colectivamente el papel de fariseos, también poseen un *impetu* cristiano extraordinario. Con todos sus defectos, tienen auténtica fe; una fe que en los momentos fundamentales surge potente y arrastra cualquier error o culpa, y que, aun en lo diario, impregna de sentido final cristiano muchos actos, dando lugar a esa *humanización* concreta de desigualdades y defectos de organización, tan acusada entre nosotros, que permite un vivir humano donde, si faltase, habría opresión y tiranía o asperísima injusticia. Por no comprender esto, suelen ser equivocados los juicios sobre Espa-

ña hechos por personas que sólo conocen lo superficial y aparente de nuestra patria.

Hay un ejemplo típico de todos conocido en este aspecto: la reabsorción por el catolicismo español de las personas ateas o anticristianas de cierta notoriedad o sus descendientes. Esas familias, en una o dos generaciones, acaban completamente *cristianizadas*, hasta con una violencia superior a otras personas, con celo de neófito. Esto es una muestra de extraordinaria importancia para oponerse a los razonamientos sofistas de los que quieren crear en España una *tradición* de signo contrario al católico, y así poner a la Iglesia en una situación semejante a la que tiene en países donde es minoritaria.

Pero, además, en las clases más desligadas de la Iglesia —los *publicanos*, que pudiera decirse— se manifiesta el sentimiento cristiano de la vida, e incluso la profunda creencia religiosa, hasta unos extremos que avergonzarían a muchos de los que ellos mismos se consideran católicos ejemplares por el número de organizaciones o asociaciones religiosas a que prestan apoyo cómodo y vanidoso.

Precisamente por ese espíritu cristiano puro y virgen e impregnado de humildad hacia Dios, sin el gran pecado de *democratismo*, puede España desempeñar un papel muy importante en la cristianización del mundo y en la lucha que en la hora presente se aviene. Pero para ello hace falta observar bien todos los síntomas de relajación, especialmente en los principios, remontarlos sin escatimar sacrificios, y así, *purificar* los ambientes católicos.

LA OFENSIVA POR UN MUNDO MEJOR

Hace poco, ha querido Pío XII que comience la gran batalla por un mundo mejor, y es preciso que eso sea en España algo más que una mera renovación del constante deseo de perfección y mejora que corresponde a la Iglesia. Hay que interpretarlo como el paso al ataque después de dos siglos

de lucha defensiva, mientras la sociedad humana sufría la mayor transformación de que se tiene noticia en los tiempos históricos. Esa nueva humanidad que se está creando debe ganarse para la causa de Dios, y esa batalla la tenemos que dar los católicos. Por eso es necesario estudiar este tema de los pobres, uno de los más importantes, no sólo porque significa la esperanza de dignificación y consuelo para tantos que sufren en el mundo, sino para la Iglesia en sí, que necesita que no se deformen sus principios ni sus fines y estar siempre vigilante para cortar sin contemplaciones todo lo que pueda desnaturalizarlos.

No el respeto a los hombres, sino el amor de Dios es lo que debe guiar en este camino. Por ello no hay que confundir lo que se ha expuesto con una muestra más de la defensa de los derechos del hombre o de otros principios con que se quiere sustituir a los preceptos divinos.

Y si no el respeto de los hombres, mucho menos su temor, y aún menos consideraciones tácticas, deben impulsar a esa Justicia y Verdad, que no necesitan ningún adjetivo. Los que se superpongan sólo servirán para *divertir* —con mala fe, probablemente— la atención de lo verdaderamente importante. Por desgracia, cuántas veces se advierte en las preocupaciones de justicia social un simple sentimiento cobarde de temor a una segunda vuelta o de embozamiento y complejo de inferioridad ante algunas doctrinas de raíz anticristiana.

Es grave la responsabilidad que en esta hora pesa sobre los católicos españoles. Ha llegado la hora de la elección: defender la voluntad divina, aunque duela y materialmente perjudiquen sus aplicaciones prácticas, o limitar esa defensa a lo que permita, e incluso, aminorar, las propias ventajas y comodidades. Todo parece indicar que si los católicos españoles eligen esta segunda opción, no podrían atribuir a sus enemigos la descristianización de nuestra patria ni la asepsia religiosa de la sociedad que dentro de unos lustros se asentará en nuestro territorio.

Un pe

POR MANUEL LIZCANO

La realidad esencial del catolicismo español sólo queda iluminada convenientemente ante el observador, en sus estructuras y posibilidades más profundas, si se contempla desde un determinado punto de perspectiva. Ponce de León ha hecho bien en suscitar el tema desde un ángulo crítico y exterior, referido más bien a los vicios públicos de nuestro catolicismo como cuerpo social. El padre Llanos ha añadido sus precisiones llenas de experiencia y de realismo sobre el tema. Yo mismo, en coincidencia con otros militantes católicos españoles, contribuí el verano pasado en la Universidad Internacional de Santander a esbozar un balance brutalmente y crudo y realista, sin muchas contemplaciones; porque el asunto es demasiado grave para que en un ambiente desapasionado, de sereno estudio y en presencia de la jerarquía eclesiástica, no merezca ser planteado con todo rigor.

Sin embargo, insisto en que un conocimiento acabado de la realidad profunda y completa del catolicismo español no puede darnoslo una mera fotografía desde un plano atrevido y curioso, ni siquiera una placa de rayos X. El problema ofrece la complejidad propia de toda realidad social viviente. Por otra parte, miradas las cosas a fondo, se trata del gran problema que tiene planteada la convivencia nacional. Todos los demás, con ser enormes, son solamente sombras o residuos de éste. Ciertamente que el gran